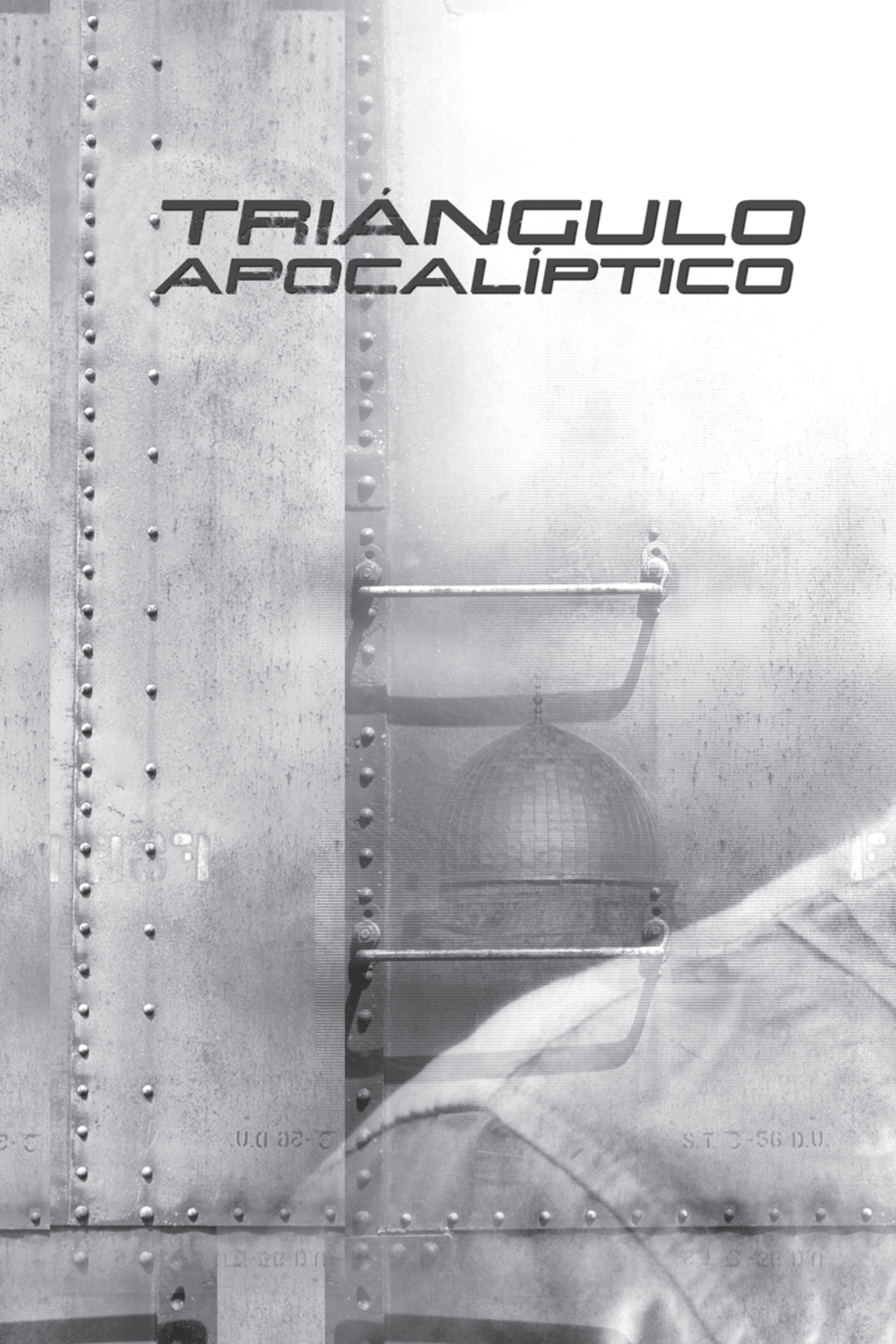


TRIÁNGULO APOCALÍPTICO



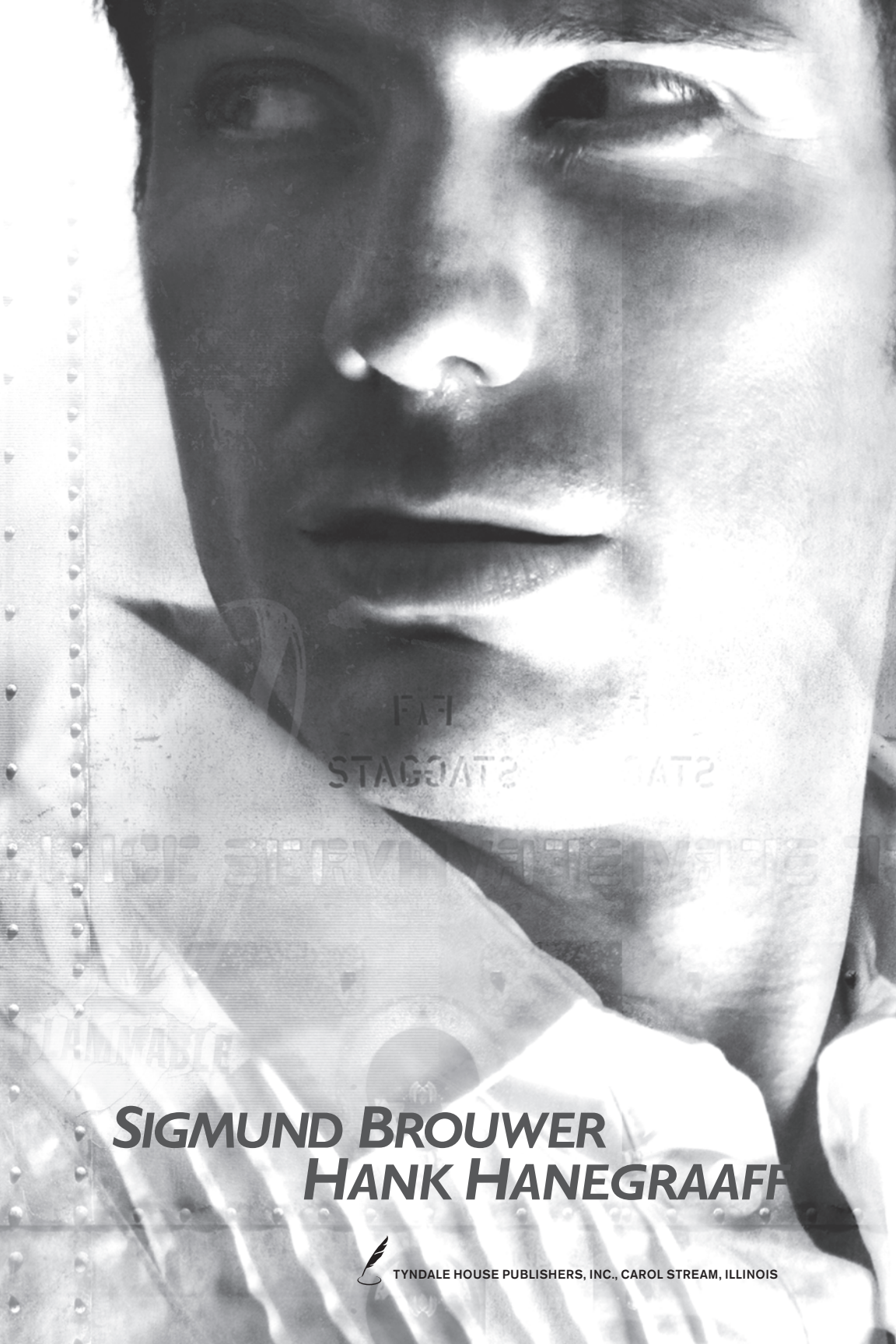
3-5

U.O. 02-3

S.T. 3-56 D.U.

U.O. 02-3

S.T. 3-56 D.U.



SIGMUND BROUWER
HANK HANEGRAAFF



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC., CAROL STREAM, ILLINOIS

Visite la apasionante página de Tyndale Español en Internet: www.tyndaleespanol.com
TYNDALE y la pluma del logotipo son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.
Triángulo Apocalíptico

© 2007 por Hank Hanegraaff. Todos los derechos reservados.

© Fotografía de la portada y del interior por iStockphoto.com. Todos los derechos reservados.

Diseño: Stephen Vosloo

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición del español: Mafi E. Novella

Algunos versículos bíblicos han sido tomados de la *Santa Biblia*, Nueva Versión Internacional® (NVI®) © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usado con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Algunos versículos bíblicos han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina Valera 1995® (RV95) © por las Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Cita de la introducción tomada de John Mearsheimer y Stephen Walt, "The Israel Lobby [Presión para Israel]." *London Review of Books [Revista Londres de Libros]* 28, no. 6 (2006).

Cita de la introducción tomada de Timothy P. Weber, *On the Road to Armageddon: How evangelicals became Israel's best friend [En Camino hacia Armagedón: Cómo los evangélicos se convirtieron en los mejores amigos de Israel]* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2004).

El texto de "Sublime Gracia" traducido por Cristóbal E. Morales (1898-1981).

El texto de "Firmes y Adelante" traducido por Juan Bautista Cabrera (1837-1916).

Publicado en inglés en 2007 como *Fuse of Armageddon* por Tyndale House Publishers, Inc. ISBN-10: 1-4143-1027-7; ISBN-13: 978-1-4143-1027-5.

Esta es una obra de ficción. Los sucesos descritos son imaginarios. Los escenarios y caracteres son ficticios y no intentan representar lugares específicos o personas vivientes o fallecidas. Cualquier semejanza es accidental y fuera de la intención de los autores o de la casa editorial.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Hanegraaff, Hank.

[Fuse of Armageddon. Spanish.]

Triángulo apocalíptico / Hank Hanegraaff, Sigmund Brouwer.

p. cm.

Translation of: Fuse of Armageddon.

ISBN-13: 978-1-4143-1288-0 (pbk.)

ISBN-10: 1-4143-1288-1 (pbk.)

1. Qubbat al-Sakhrah (Mosque : Jerusalem)--Fiction. 2. Jerusalem--Fiction. 3. Terrorism--Fiction.
I. Brouwer, Sigmund, date. II. Title.

PS3608.A714F8718 2007

813'.6--dc22

2007027632

Impreso en los Estados Unidos de América

12 11 10 09 08 07

6 5 4 3 2 1

*A Stephen Ross,
con agradecimiento por tu compromiso a leer la
Biblia al máximo.
Hank*

O,

*Gracias por la ayuda con los asuntos militares, tu apoyo continuo
y los diálogos agradables.*

“... la campaña de presión para silenciar el debate sobre Israel no es saludable para la democracia. El silenciar a los escépticos organizando listas negras y el boicoteo –o el sugerir que los críticos son antisemitas– viola el principio de debate abierto del cual depende el sistema democrático. La incapacidad del Congreso de Estados Unidos para conducir un debate genuino sobre estos temas vitales paraliza todo el proceso de deliberación democrática. Los partidarios de Israel deberían tener libertad para plantear sus argumentos y para desafiar a los que no estén de acuerdo con ellos. Pero los intentos de suprimir el debate mediante la intimidación deben ser condenados firmemente por todos aquellos que creen en la libertad de expresión y en la discusión abierta de asuntos fundamentales de interés público.”

JOHN J. MEARSHEIMER (University of Chicago) y STEPHEN M. WALT (Universidad de Harvard), “The Israel Lobby [Presión para Israel].”

“[Los dispensacionistas antes] se sentaban en lo alto de las gradas de la línea de mediocampo de la historia, observando cómo los equipos tomaban sus posiciones allá abajo en el campo de juego y luego explicaban a cualquiera que quisiera escuchar cómo terminaría el partido. Durante los primeros cien años de su movimiento, ellos fueron los espectadores y no los fabricantes de eventos. Pero todo eso cambió después de que Israel reclamó su lugar en Palestina y expandió sus fronteras. Por primera vez, los dispensacionistas creyeron que era necesario dejar las gradas e ingresar al campo de juego para asegurarse que el partido terminara de acuerdo con el guión divino.”

Historiador TIMOTHY WEBER, On the Road to Armageddon
[En Camino hacia Armagedón]

ISRAEL Y EL MEDIO ORIENTE

MAR MEDITERRÁNEO

FRANJA DE GAZA



Gaza

Khan Yunis

EL LIBANO

SIRIA

LAGO TIBERIAS
(Mar de Galilea)

GALILIA

CIS-JORDANIA

Tel Aviv

Jerusalén

MONTE DEL TEMPLO

ISRAEL

Néguev

JORDANIA

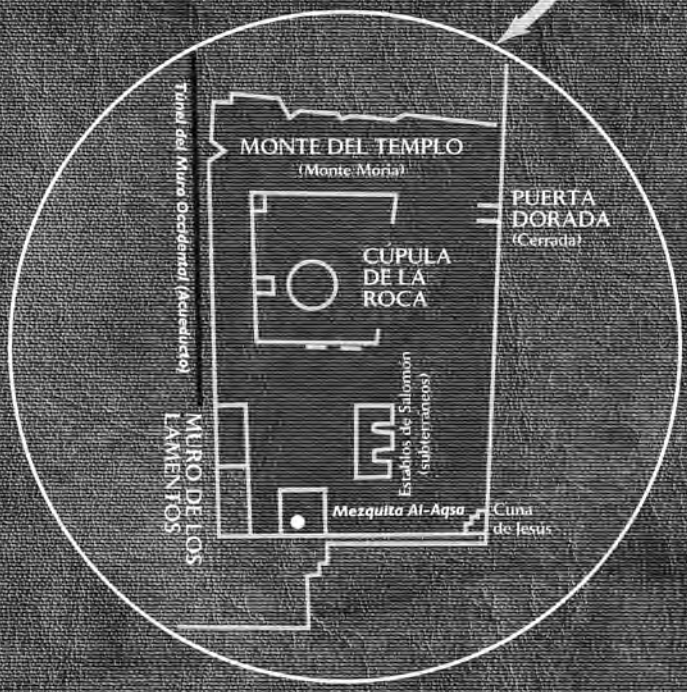
EGIPTO

Uadi el Karak

Uadi el Jishi

ARABIA SAUDÍ

JERUSALÉN CIUDAD ANTIGUA



PRÓLOGO

En el ocaso de un día de otoño despejado y sin viento en West Virginia, un hombre que llevaba puestos un suéter y pantalones negros, y que estaba cubierto con un velo, entró a la cabaña de caza de propiedad del General de Cuatro Estrellas Anthony William Underwood.

Underwood era grande, sin ningún descuido en su cuerpo aún a los cincuenta y nueve años. Tenía puesta una camisa de franela y no se había afeitado. No había electricidad en la cabaña, y una linterna sibilante colgaba del techo, lanzando una luz que parecía aumentar a medida que la noche se acercaba, creando sombras en la cara cuadrada de Underwood por debajo de su corte al rape.

Estaba sentado frente a una Colt .45, a la par de una Biblia abierta sobre la mesa del comedor. A veces una persona necesitaba más que sólo la Palabra de Dios. Underwood estaba esperando al visitante, pero no el velo negro que revelaba sólo los ojos del hombre. Levantó la Colt y la niveló hacia el pecho del hombre con el velo. —Estoy esperando —dijo. Su idea de protección por medio de una contraseña era tan antigua como la humanidad. A Underwood le gustaban las cosas que no perdían efectividad ante los avances de la tecnología de computación. La Colt era otro buen ejemplo.

—Armagedón —respondió el visitante.

Entonces este era el hombre. Era espeluznante, así todo de negro —alguien que se aseguraba que sería invisible al salir de la cabaña. Hasta el bolso que llevaba al hombro era negro.

Underwood puso la pistola en la mesa, a la par de la Biblia —a corto alcance— sin disculparse por la implicación del hecho.

Underwood había pasado dos días en las montañas. Solo. Cazando durante el día. Su personal sabía que el retiro había sido planeado. No había nada fuera de lo normal en su estadía en la cabaña.

Era el lugar perfecto para esta reunión. Su personal no sabía nada acerca del visitante, que, como lo requerían las condiciones establecidas por el general para esta reunión, se había estacionado a ocho kilómetros de distancia y había caminado el resto de la senda, utilizando un localizador GPS para encontrar la cabaña.

—No me gusta el velo —dijo Underwood—. Se parece al que usan las mujeres musulmanas.

—*Niqab* —dijo el visitante.

Como Underwood frunció el ceño con una incompreensión obvia, el visitante repitió la palabra. —Niqab. Es como los musulmanes llaman al velo para la cara.

—Llámelo como quiera. No me gusta. Los musulmanes son la razón por la que acordé esta reunión. Ese velo es una burla.

—Piense que es algo irónico. Utilizar algo tan fundamentalmente musulmán en contra de ellos . . . si me perdona el juego de palabras.

—Una capucha sería algo más americano —dijo Underwood. *Americano*. No como el acento de su visitante. ¿Británico?

—Es más fácil respirar con un niqab —dijo el visitante.

Sí. Underwood llegó a la conclusión de que el acento era inglés. No *Cockney*¹ sino, ¿cómo era? Se le ocurrió. *Posh*.²

—La visión es más eficiente que con los agujeros de una capucha —continuó el visitante.

—Entonces no use el nabasco —dijo Underwood, destrozando la palabra de manera deliberada—, ni la capucha.

—Me temo que es algo muy necesario. Si no me conoce, ambos estamos protegidos.

—Podría ser que usted fuera uno de los musulmanes. Hay muchos de ellos en Londres, ¿verdad? —Underwood estaba buscando una pista de la identidad del hombre—. ¿Cómo le dicen ahora? ¿Londonistán?

—Piense en todos los esfuerzos que se hicieron para organizar esta reunión y en la persona que lo hizo —dijo el visitante con esas cultas inflexiones—. ¿Realmente cree que soy musulmán?

Underwood gruñó.

—Si lo hace sentir mejor —dijo el hombre—, llámeme Smith. Un buen nombre norteamericano.

Mientras hablaba, el visitante del velo puso su bolso en suelo.

—Smith —dijo Underwood—. Empiece. Si me conoce un poco sabrá que no me gusta perder el tiempo.

—Permítame enseñarle el arma más grandiosa del terrorista —dijo Smith. Se detuvo para buscar dentro del bolso.

—Quieto allí. —Underwood tenía la pistola en su mano otra vez, ahora apuntándole al velo que tenía en la cara—. El acuerdo era que no habría armas.

Smith se quedó inmóvil con su mano dentro del bolso y los ojos en la Colt. —Por lo que veo, un acuerdo que usted no tuvo ningún problema en quebrantar.

1 Nota de la traductora: Cockney se refiere a el habla de los obreros de los barrios del este de Londres, Inglaterra

2 Nota de la traductora: Posh, usado mayormente en inglés británico, significa "elegante" o "de alta sociedad."

—Es mi cabaña —dijo Underwood—. Yo rompo las reglas. Dígame que tiene allí.

—Una computadora portátil.

La cabaña de Underwood tenía otras reglas —sin computadoras, sin celulares y sin electrónica. Normalmente, el general le habría ordenado a gritos que la dejara en el bolso. Pero esta era una reunión que ya tenía muchas excepciones. Incluyendo la confidencialidad absoluta.

Underwood volvió a poner la pistola sobre la mesa mientras Smith sacaba la computadora. No le preocupaba mucho que Smith intentara hacer algo peligroso. Sólo quería salirse con la suya. Puso la pistola cerca de su mano derecha, contento de poder seguir saliéndose con la suya. —¿Una computadora portátil? Se dará cuenta de que mi Colt es más efectiva.

—La Internet le da a los terroristas más alcance —dijo Smith.

—Tiene que tener acceso para poder tener alcance —dijo Underwood—. Si está dependiendo de una conexión aquí, ha perdido mucho tiempo y esfuerzo para reunirse conmigo.

—Tiene razón; sin mi conexión satelital esto habría sido una pérdida. Pero usted tiene que ver de lo que somos capaces.

Smith volteó ligeramente la computadora para darle al general un vistazo de la pantalla. El buscador ya había empezado a conectarse a un sitio en Internet y las imágenes empezaron a llenar la pantalla: piezas de una pintura de Monet.

Parecía como la página de un sitio de alguna universidad. Underwood observó la dirección electrónica y la memorizó. Era conocido por esta habilidad, que intimidaba a su personal.

Sin dudar, Smith hizo clic en la esquina inferior derecha del cuadro. Se titulaba *Estación Saint-Lazare*. Aunque estaba disponible en línea como imagen digital, el cuadro estaba en exposición en el Musée d'Orsay en París.

Smith hablaba como si estuviera impartiendo una clase. Internet. Carga digital. Codificación. Sitios anónimos de conversación por Internet. En el tercer milenio, esto era un campo de batalla nuevo. Al-Qaeda lo había demostrado. Sitios en Internet dedicados al entrenamiento. Sitios de conversación por Internet donde los terroristas suicidas se animaban mutuamente. Servidores que se cambiaban a diario. Era un mundo donde los guerreros podían reunirse sin cruzar fronteras.

Sí, un mundo nuevo y valiente.

Se abrió una imagen de la pintura de Monet y Smith la guardó.

Luego sacó el sitio del Musée d'Orsay y encontró otra copia de la *Estación Saint-Lazare*. Smith guardó también esta imagen. Una a la par de la otra, ambas copias de la *Estación Saint-Lazare* estaban ahora en su pantalla, las imágenes complicadas y borrosas al estilo de Monet.

Smith quitó los ojos de la pantalla y miró a Underwood. Era espeluznante

para Underwood ver sólo los ojos y el contorno pálido de la piel que estaba detrás del velo negro.

—Voy a utilizar un programa de código que analizará los archivos y comparará las diferencias del código binario de las dos imágenes —dijo Smith.

—Código binario —Underwood pensó en su niñez en una granja de Wisconsin, cuando el teléfono tenía un disco giratorio y estaba conectado por una línea colectiva. Después eran las máquinas de escribir, las copias al carbón y las reglas de cálculo. ¿Ahora? Los satélites proporcionaban ubicaciones de GPS para cosas tan banales como darle a los golfistas la distancia exacta hacia el centro del campo.

—Cada píxel de la imagen está representado por tres colores —rojo, verde o azul. Cada color tiene un valor binario —una serie de números compuesta de ceros o unos— para ser reconocidos por computadora. Explico esto porque quiero que sepa cuán difícil ha llegado a ser detener a los terroristas.

La explicación continuó con ese acento sofisticado, como si Smith fuera un profesor de Oxford. Un píxel de rojo puro, dijo, era 1111 0000 0000, que el software de computación lo traducía a 100 por ciento rojo, 0 por ciento verde y 0 por ciento azul. Al alterar el código binario ligeramente y agregarle un bit —un dígito binario— de información al segmento azul, el código binario se convertía en 1111 0000 00001, un cambio de color imperceptible para el ojo humano.

Aunque sólo era la suma de un bit, dados los millones de bits en una imagen digital, había suficiente espacio para esconder un mensaje que los programas contraterroristas nunca descubrirían. Para interceptar un mensaje incrustado se requiere de conocimiento del que envía o del receptor y acceso a las computadoras sospechosas y cuentas de correo electrónico.

—Por eso es que los terroristas no tienen temor de ser atrapados —dijo Smith—. Ni usted, cuando utilice este método para comunicarse conmigo.

—Asumiendo que tiene una buena razón —dijo Underwood. Llegó a la conclusión de que *si* había una buena razón, todavía insistiría en ver la cara del hombre. En esta luz, los ojos del hombre eran cafés. ¿Lentes de contacto de color?

—Siga mirando —dijo Smith. El velo negro parecía de una pieza con sus hombros.

El programa de criptología analizó las diferencias y armó los bits escondidos en las palabras.

Opimgt terb lkajerlkj

kljltkjeppoit l:ol tp29 m,/.., ad/.

—Vaya mensaje para todo el trabajo que costó recibirlo —dijo Underwood.

—Espere.

Sin cerrar el programa, Smith abrió otro, luego copió y pegó las galimatías. Sus manos eran la única piel que tenía expuesta. No eran las manos de un hombre joven. No tenía cicatrices visibles. No tenía argolla de matrimonio, pero tenía un surco en ese dedo. El general estaba tratando de absorber tanto como le fuera posible acerca del hombre.

El disco de la computadora seguía girando. Un poco después, ambos estaban viendo una cuenta de correo electrónico y una contraseña generada por el código.

De vuelta a su buscador, Smith ingresó esta información nueva con movimientos diestros de sus gruesos dedos y se le dio acceso inmediato al servidor nuevo de correo electrónico. En la cuenta, él hizo clic en el borrador de un mensaje que decía "Underwood."

—Seguridad adicional —dijo Smith—. Este correo electrónico está guardado en el servidor como un borrador. Ya que nunca se envía y lo estamos leyendo directamente desde el servidor, no hay posibilidad de que alguna vez sea interceptado por cualquier programa contraterrorista. Es una técnica terrorista que es totalmente segura y totalmente anónima.

Adjunto al borrador del mensaje había un archivo con una hoja de cálculo que no podía modificarse y algunas fotos de satélite. Smith abrió los dos.

El general se inclinó hacia adelante y empezó a leer con la misma intensidad que demostraba durante las reuniones semanales de personal.

El mensaje empezaba así: *Tony, por el bien de Estados Unidos, considera seriamente lo que este hombre tiene que decirte.*

Después de un minuto, el general se detuvo y miró a los ojos al hombre con el velo. —Estos documentos son de la reunión de ayer en la Casa Blanca entre el presidente y el secretario de defensa. Esas fotos de satélite son altamente clasificadas. Nadie más estuvo en esa reunión.

—Efectivamente —dijo Smith—. Usted sabe entonces que uno de ellos dos me lo envió y ha sugerido que usted se una. Entenderá por qué no le revelo quién es.

—¿Unirme a qué?, ¿alguna clase de conspiración?

—Considérelolo como la conspiración de uno —dijo la voz por debajo del velo—. Aquí sólo hay un vínculo: yo. Así como soy el único vínculo para los dos que estuvieron en la Casa Blanca. Para una persona equivalente en el poder del gobierno Israelí. Para alguien en el Mossad. Para otro en el MI5. Para un juez de la Corte Suprema, etc. No es una red amplia por todo el mundo. Pero conecta hombres en puestos de gran influencia para que puedan cambiar lo que necesita cambiarse de manera discreta.

—¿Y también quiere reclutarme?

—Acaba de ver cómo podemos comunicarnos utilizando las mismas técnicas

de los terroristas en su contra. En cualquier momento, desde cualquier lugar en el mundo. Sin que nuestras comunicaciones se filtren en absoluto. Permítame hacer énfasis: usted no está vinculado con los demás. Ni ellos con usted. Somos sólo usted y yo. Seguridad total.

Underwood tomó unos minutos para pensar.

El visitante del velo malinterpretó su silencio. —Usted ha estado en el ejército durante cuarenta años —dijo Smith—. Sabe que es muy difícil infiltrarse y acabar con un enemigo que se compone de grupos celulares. Ahora imagine el revés —ser protegido por la misma estructura que los ha resultado imposible derrotar a usted y a cada otro hombre militar.

—Soy un general —dijo Underwood—. No tengo imaginación.

—Claro. En un mundo ideal no se necesita de imaginación cuando se tiene maquinaria militar imparable. Pero no puede desatar a los perros de guerra contra este enemigo. La ironía de esta situación debe ser extremadamente frustrante. Sus armas son más poderosas que las de cualquier otro general en la historia, pero usted vive en un país y en una época donde la opinión pública es más poderosa que sus máquinas.

Underwood gruñó con una mezcla de consentimiento e indignación.

—Entonces, tal vez, la imaginación debería estar en su arsenal —continuó el hombre del velo—. Estoy aquí para proporcionársela.

—Está aquí sólo porque el hombre que arregló esta reunión es un hombre al que le puedo confiar mi vida.

Underwood no estaba usando la frase como un cliché metafórico. Los hombres del ejército conocían el valor de la vida y la confianza.

—Exacto —dijo el visitante del velo—. Usted tiene su palabra de que puede confiar en mí y yo tengo su palabra de que usted es de fiar.

—Maravilloso —dijo Underwood. Se sentía nervioso y sabía que su sarcasmo era el resultado de eso—. Ahora sabemos que podemos comprar y vender vehículos usados mutuamente.

—Seguro. Si eso es lo que realmente quisiéramos hacer —Smith se detuvo—. Dios bendecirá a los que bendigan a Israel, pero maldecirá a los que maldigan a Israel.

Underwood examinó los ojos del hombre.

—Entiendo su fe profunda —dijo el hombre—. Esa es una de las razones por las que se le ha contactado. También porque sé qué es lo que usted quiere cuando se trata del ejército. Una manera de soltar a los perros de guerra. ¿Cuál es la frase prestada que a usted le gusta tanto usar en público? “Sequen el pantano.”

—Donald Rumsfeld lo llamó correctamente.

Al pensar en el tiempo que recientemente había pasado en Irak, a Underwood no se le pudo escapar una reacción emocional por la inutilidad que había experi-

mentado allí. La forma en que había estado maniatado en una guerra contra los terroristas. —No se pelea con los mosquitos. Se seca el pantano.

—Que conste —dijo Smith— y porque es pertinente para esta conversación, Rumsfeld tomó prestada la frase de un general israelí, Yehoshafat Harkabi. Esto es pertinente porque usted y yo creemos en el mandato de Dios de que la tierra no debe ser dividida.

En hombre contra hombre, los soldados de Underwood podrían destruir al enemigo tan fácilmente como aplastar a un mosquito. Pero en su campamento en Irak, Underwood había estado como un hombre sentado en la terraza frontal de su casa, mirando a un pantano a través de un enjambre de mosquitos que tenía alrededor de su cabeza. Como un hombre que poseía una máquina excavadora que podría limpiar el pantano en unas cuantas horas, pero que estaba encadenado por las leyes y los hacedores de buenas obras ambientales que insistían en proteger el pantano aunque los mosquitos invadan su casa todos los días.

—Liberales cobardes —dijo Underwood—. A través de toda la historia, guerra significaba guerra. Los romanos sabían cómo hacerlo. Incentivos y amenazas. Ofrecerle al rey una oportunidad de unirse al imperio. Destruir y saquear si el rey se rehusaba —resopló—. Medios incrustados. Piense en Julio César, ¿tuvo que encargarse de esto? *Incrustado* —esa es una palabra que se utiliza para las garrapatas que chupan la sangre.

—Los terroristas son expertos en utilizar a los medios de comunicación. Usted tiene aviones, misiles guiados, tanques, los soldados mejor entrenados de la historia . . . los terroristas tienen bombas caseras y los medios de comunicación. ¿Quién está ganando?

Underwood no dijo nada.

—Permítame sugerir de nuevo el utilizar las armas terroristas en contra de ellos. La Internet. La estructura de grupos celulares. Los medios de comunicación.

—¿Qué está intentando venderme?

—Dios bendecirá a los que bendigan a Israel, pero maldecirá a los que maldigan a Israel. Los hombres que me ayudan quieren lo que usted y yo queremos —secar el pantano. Con su ayuda.

—¿Qué quiere de mí exactamente? —dijo Underwood.

—Su próximo período de servicio será en Afganistán.

Aunque esto era todavía información confidencial, Underwood no estaba sorprendido de que su visitante lo supiera.

—Necesito inteligencia en Afganistán —dijo Smith—. Algunas unidades allí están listas para hacer el trabajo sucio que usted no puede hacer. Ellos no tienen que preocuparse de los medios incrustados.

—¿Unidades de mercenarios? —preguntó Underwood.

—Cruzados. Hombres que lo están haciendo porque creen en ello.

—Eso es ambiguo.

—Así como este niqab, la ambigüedad lo protege a usted. Pero primero déjeme decirle lo que los luchadores necesitan allí.

—Adelante.

—No sólo inteligencia. Ellos necesitan que usted mire para otro lado durante su servicio. Déles la oportunidad de limpiar antes de enviar militares de Estados Unidos un día o dos después de cada combate.

—Eso no secará el pantano —dijo Underwood.

—Sería un comienzo.

—Necesitaría saber más sobre el final si me quiere en el principio.

—Finalmente estará en la posición de poder secar el pantano. Para dirigir y ganar la batalla más grande de la historia —hizo una pausa significativa y se miraron a los ojos—. Como un cinco estrellas.

—Seguro —dijo Underwood con un resoplido. Era un hombre religioso y conocía sólo una batalla como esa. La contraseña que el hombre había escogido para identificarse—. Armagedón.

—¿A qué otra cosa llamaría guerra abierta entre dos de las civilizaciones más importantes en el globo, hasta que cada país musulmán fuera forzado a someterse o a ser destruido?

—Habla en serio.

—Usted mencionó Londonistán —dijo el hombre del velo—. Y tenía razón. Europa ya tiene problemas. En cincuenta años, el islam radical va a dominar el mundo. Debe ser detenido ahora, especialmente Irán. El Occidente tiene la tecnología y el ejército para hacerlo. Pero carece de fuerza de voluntad. Con su ayuda, todo eso cambiará dentro de un año.

—¿Y cómo cambiará?

—No saberlo es su protección. Ya ha visto suficiente esta noche para saber que hay otros como usted, dedicados a salvar la civilización occidental, todo con suficiente poder y con las conexiones para hacer que suceda.

Otra pausa por debajo del velo. —Si es un evangélico devoto, cree que Armagedón está casi encima del mundo. Quizás este sea el destino de Dios para usted.

—¿Y si digo que sí? —Underwood se recostó con las manos detrás de la cabeza.

—Le pido que envíe algo. Por Internet. Algo que pruebe que usted está dispuesto a ser parte de esto. Le pediré más según sea requerido.

Underwood lo pensó un poco más. Cuando entró al servicio, había jurado que no traicionaría a su país. Aunque sus creencias ponían a Dios antes que a su país, ¿era este el tiempo y el lugar para poner a Dios antes que ese juramento?

¿Se le había pedido que adorara a una bestia? ¿Que hiciera algo moralmente incorrecto que justificaría darle la espalda al ejército que había servido toda su vida?

Underwood tomó la decisión. —No. Por imperfecto que sea nuestro sistema, y sin que importe cuánto odie a los liberales, la democracia es lo que hace que Estados Unidos sea grande. No apoyaré ninguna forma de anarquía en su contra.

—¿No? Recuerde su fe. Dios bendice a los que bendicen a Israel. El pantano debe secarse.

—No —Underwood era un militar, no un agente secreto—. Dios no pelea sus batallas como un terrorista. No necesita hacerlo.

El hombre del velo cerró la computadora portátil de un golpe. —No voy a avergonzarlo para tratar de convencerlo de otra manera. Usted es un hombre de voluntad fuerte.

Se levantó y se alejó de la mesa, dejando la computadora en su lugar.

—Usted es un hombre de honor. Muy pocos hombres están dispuestos a adoptar una postura y decir lo que piensan.

Se quitó el velo y le dio una auténtica sonrisa a Underwood. —Por lo menos le debo esto.

—Lo conozco —dijo Underwood viendo a la cara que tenía arriba. Estaba demasiado sorprendido para considerar el significado de la remoción del velo—. Una vez lo conocí. Arafat también estaba allí.

—Usted me impresionó entonces —dijo el visitante. Su acento inglés había desaparecido—. Y también me impresiona ahora. —Smith extendió su mano.

Underwood se paró, dejando el revólver en la mesa. Aceptó el apretón de manos, luego hizo una mueca por el firme apretón del hombre y sintió una punzada de dolor. Underwood retiró su mano y la miró. Sangre goteaba de una pequeña herida del pinchazo.

Volteó a mirar a su visitante.

—Viejo truco de espía, General —dijo Smith. Abrió su mano, revelando su palma y el aro con una pequeña púa que brillaba con un vestigio de sangre que se veía negra a la luz de la linterna—. Tome mi consejo. Siéntese y póngase cómodo.

Underwood sintió un adormecimiento que le subía por el brazo derecho. —¿Qué . . . ?

—Usted tenía un par de buenos amigos militares que murieron de ataques al corazón el mes pasado, ¿no es cierto? —El visitante hizo una sonrisa forzada—. No fue una coincidencia.

—¿Me está diciendo que también se reunió con ellos?

—Lo siento, General. No podemos arriesgarnos a que usted le diga a alguien acerca de la oferta que rechazó. La parálisis actúa rápidamente. No luche contra ella. Dentro de unos treinta segundos, su diafragma empezará a congelarse. La

asfixia no será agradable, pero tendrá suficiente tiempo para orar y poner su alma en orden.

El visitante lo llevó al sofá, a un lado de la cabaña. Casi sin poder caminar, Underwood no tenía fuerzas para sacudirse la ayuda del visitante.

—Yo . . . confié . . .

—Hay demasiado en juego. El amigo al que le confió su vida lo sabe. Él pensó que usted podría ser reclutado, pero estaba dispuesto a arriesgarse a estar equivocado. Él cree, al igual que yo, que se tiene que hacer sacrificios ahora si se quiere ganar la guerra después.

Smith acomodó a Underwood en el respaldo del sillón.

—Una . . . autopsia . . . —Era muy difícil hablar. Underwood sentía como si un gigante le hubiera aplastado el pecho.

—¿Indicará asesinato? Me temo que no. No tiene idea del poder y del alcance que están involucrados aquí.

—Esto . . . es . . . increíble —Underwood parpadeaba.

—Nuestros cruzados obtendrán la ayuda de una forma u otra. —El visitante sacudió la cabeza como si estuviera castigando a un niño—. Pudo haber sido usted. Bendito, no maldito.

66 DÍAS ANTES DE LA CUENTA REGRESIVA





CONDADO DAWSON, GEORGIA : 14:32 HORA DE GREENWICH

La resurrección del Soldado Raso de Primera Clase Joe Patterson se llevó a cabo doce meses después de haber sido reclutado de manera secreta por los Cruzados de la Libertad. Fue una resurrección seis noches después de su muerte, tres horas después de que el sol hubiera despejado la cima del único árbol de pino que se veía desde la cocina de la casa rodante que había sido su hogar en Condado Dawson, Georgia, antes de haber sido enviado a Afganistán.

Seis días antes de su resurrección, su esposa, Sarah, se había unido a las filas de las viudas de militares cuando interrumpió el episodio de *Oprah* que estaba mirando en la sala de la casa rodante para abrir la puerta a los brillantes rayos del sol y a dos hombres uniformados del ejército de Estados Unidos, cada uno con las manos cruzadas al frente, y uno de ellos con la insignia de capellán sujeta con un alfiler en el cuello.

Las esposas de los hombres uniformados visualizan este momento una y otra vez durante los meses de servicio, pero ninguna cantidad de temor y de ensayo las prepara para el impacto actual.

Ahora, unos seis días y dieciséis horas después, sólo la ayuda farmacéutica prescrita le permitía dormir un poco, razón por la cual estaba parada frente al lavaplatos de su cocina cuando sonó el teléfono. Ella no recordaba cuánto tiempo había estado mirando el cielo azul por la ventana, con un vaso lleno de agua en una mano y una píldora en la otra, desesperada por dormir un poco, aunque fuera en la mañana, preocupada de que el doctor estuviera en lo correcto al prometerle que la píldora no le haría ningún daño al bebé que crecía en su vientre.

Cuando sonó el teléfono, las lágrimas rodaban por sus mejillas a medida que pensaba en cómo habría sido decirle a Joe que había sentido las primeras patadas del bebé. Cuando sonó el teléfono, no tuvo miedo de que una llamada a esa hora fuera para darle malas noticias. Ya no.

De todos modos, dejó el vaso y se dirigió hacia el teléfono con incertidumbre. No la incertidumbre causada por la hora de la llamada, sino la incertidumbre que había teñido cada paso y acción que había tomado desde que se había enterado de la muerte de Joe seis días antes. Como si la gravedad hubiera dejado de existir cuando esos dos hombres de uniforme habían llegado a su puerta a darle la noticia de Joe y ella siguiera esperando que la gravedad desapareciera otra vez, sin ninguna advertencia.

El teléfono sonó tres veces mientras ella atravesaba la pequeña cocina y lo buscaba a tientas. Los números digitales del microondas brillaban y marcaban las 9:32. Desde que a Joe lo habían enviado, era su costumbre hacer la conversión de la hora de Georgia a la hora de allá, porque la hacía sentirse cerca de Joe, lo cual daba la hora de 6:02 p.m. en Afganistán.

Levantó el teléfono.

“Hola.”

Su voz estaba tan apagada como su pelo. Tenía puesta la misma ropa de dormir desde hacía días y no se había visto en el espejo durante mucho tiempo.

El silbido que escuchó era la conexión poco clara de un teléfono satelital a nueve y media horas de diferencia del huso horario de su casa rodante. Desde Khodaydad Kalay, Afganistán —de lo que se daría cuenta casi de inmediato por la llamada telefónica.

—Hola —volvió a decir, al escuchar un rebote tenue de su voz.

Entonces se escucharon las palabras que marcaron la resurrección del Soldado Raso de Primera Clase Joe Patterson.

—Amor. Soy yo. Sólo tengo un minuto. Jura por la tumba de tu mamá que no le dirás a nadie de esta llamada.

PRESA HOOVER, NEVADA | 14:32 HORA DE GREENWICH

De todas las cosas —sangre, olores, hinchazón, desmembramiento— lo que Kate Penner odiaba más eran las moscas. El asunto era que todo lo demás realmente no le afectaba a uno. Seguro, a veces la vista o el olor de un cuerpo muerto parecía pegarse, pero nunca realmente traspasaba. Las moscas, por otro lado, podían trasladarse de los muertos hacia los vivos. Kate odiaba las moscas.

La luz de su linterna dio en el hombre muerto que estaba colgando boca abajo en la parte de atrás de una furgoneta de carga; la luz repentina ahuyentó docenas de moscas de una gruesa capa de sangre seca que tenía la cara del hombre.

Kate hizo una mueca.

La cara de Kate era más amplia en el área de sus pómulos de lo que la belleza convencional permitía. Se había roto la nariz cuando otro policía con mala pun-

tería lanzó una porra a un borracho con el que ella forcejeaba y no había sanado inmediatamente, lo que le daba cierto encanto, si es que le valía de algo. Tenía un cabello estupendo, café rojizo con ondas suaves hasta los hombros, y sabía cuán bello era, pero debido a ese conocimiento, lo ignoraba y sólo lo se hacía una cola de caballo. Era esa misma filosofía lo que la hacía usar poco maquillaje —ser una mujer en el cuerpo de policía ya era lo suficientemente malo; no necesitaba más problemas. Especialmente desde la última vez que se había esforzado mucho para verse bien, lo cual resultó en que atrajo a un hombre con el que pensó que valía la pena casarse. Y lo hizo, aunque no funcionó desde el primer momento y terminó el día en que llegó a casa y lo encontró con una instructora de yoga, aprendiendo . . . bueno, no era la clase de yoga que se enseña en un salón de clase.

Sus ojos verdes hacían creer a la gente que era más amable de lo que era y a Kate le gustaba eso. Le gustaba poner a la gente en su lugar. Cuando hacía muecas, como lo hacía con las moscas, era más que una buena señal de que quizás ella no era simplemente un accesorio para una noche social.

—Estamos lo suficientemente cerca —le dijo a su compañero, Frank Vetter, moviendo rápidamente la luz en el pavimento. No podía ver nada para evitar pararse en ello, pero uno nunca sabe. No en estos días cuando CSI¹ podría utilizar un mechón de pelo para poner a alguien en el pabellón de la muerte. Lo último que Kate y Frank querían —o necesitaban— era el pesar de haber alterado la escena del crimen.

Un crimen y una escena. Kate revisó su reloj. Las seis y treinta y tres.

Rápidamente volvió a iluminar al hombre muerto con su linterna. Lo que pudo ver de la cara del hombre fue que era de ascendencia del Medio Oriente. Pero había tanta sangre que era difícil estar seguro. ¿Cómo podría alguien tener tanta? Comenzaba en algún lugar en medio de la camisa del hombre, empapándola tanto que los patrones de la tela ya no eran patrones. La sangre cubría el pecho y el cuello del hombre y había un charco debajo de su cabeza, que estaba a unos cuantos centímetros del piso de la furgoneta. Toda la sangre estaba seca, pero eso no le decía mucho a Kate. Este era el desierto. Cualquier líquido se secaba inmediatamente.

Frank estaba parado a la par de Kate. También tenía una linterna, pero a unos veinte minutos de que amaneciera ya no la necesitaba, a menos que quisiera agregar otro rayo de luz a la oscuridad de la furgoneta. Había sido policía el mismo tiempo que Kate —como unos diez años cada uno. Sin embargo, él era un policía de los que suelen comer golosinas y que trabajaba felizmente a sus horas. A Kate

1 Nota de la traductora: CSI son los siglos en inglés de “investigación de la escena del crimen.” También es el nombre de un programa televisivo popular con ese tema.

no le importaba —de esa forma había menos problemas de liderazgo. Algunos de sus compañeros anteriores tenían problemas con el concepto de una mujer con la mentalidad independiente.

—Vamos a necesitar la unidad de investigación de la escena del crimen —dijo Kate. Ella era una excelente detective con una tenacidad que podría haberla llevado a la cabeza de la unidad de homicidios de Las Vegas. Pero a ella no le gustaba el precio que tenía que pagar en un puesto como ese —ponerle tanta atención a las políticas del departamento como a la buena investigación. Ella obtendría el ascenso que merecía sólo cuando el jefe actual olvidara cómo le había aplastado la cabeza en el fondo de un tazón de ponche por darle una palmada en las nalgas durante la última fiesta de Navidad. Lo cual, por supuesto, significaba que nunca. Él estaba lo suficientemente ebrio para olvidarse de lo políticamente correcto cuando la agarró, pero lo suficientemente sobrio para recordar la humillación de la cereza que se le trabó en la fosa nasal izquierda cuando se levantó buscando aire y arrojando líquido como una ballena. Ella tendría que haber presentado una queja por el lugar donde él había puesto la mano, pero eso también habría involucrado la política.

—Sí —dijo Frank—. Llamemos a CSI. Tal vez ellos puedan resolverlo en una hora.

Mal chiste y muy antiguo en cualquier lado del departamento. El departamento de la ciudad de Boulder, como que estaba cerca de Las Vegas, también sufría por la serie de televisión. Los turistas llegaban por lo menos una vez a la semana, pensando que quizás la ciudad de Boulder era realmente parte de Las Vegas, como si estuvieran verificando una rotación de todas las estaciones, esperando poder ver alguna estrella en alguna parte. *¿Qué tan tonta puede ser la gente?*

Ella se detuvo. *¿Qué tan tonta puede ser la gente?*

Ella tenía una respuesta enfrente, pensó Kate. Lo suficiente como para encontrar la manera de acabar muerto boca abajo en una furgoneta.

KHAN YUNIS, FRANJA DE GAZA : 14:32 HORA DE GREENWICH

—Usted no es Abu — le dijo Mulvaney Quinn al palestino que estaba sentado frente a él en la mesa.

El intercambio de rehenes se llevó a cabo en una pequeña habitación tan vacía y sin comodidades como la mesa; una habitación casi insoportable, con piso de polvo y olor a ajo, tal como cualquiera de las miles de habitaciones similares en la miseria de la Franja de Gaza.

—Soy Zayat —dijo el hombre—. Abu no corre riesgos. Él me envió en su lugar. Esta es mi prueba.

El palestino dejó caer un pequeño reloj de muñeca en la mesa. La vestimenta del hombre sugería que había tomado lecciones de aparición en público con el difunto Yasser Arafat.

Quinn volteó el reloj y buscó el grabado en la parte de atrás. *Para Crystal. Con Amor, Papá.* El resto del lujoso reloj encajaba con la descripción que el padre había dado: pulsera de cuero rosado, un agujero adicional perforado en la pulsera porque le había quedado muy grande a la pequeña muñeca de Crystal. Apenas tenía cuatro años, probablemente no sabía decir la hora y le habían regalado un reloj que valía el doble de lo que una familia palestina promedio ganaba en un año. Mala suerte para ella ser una niña estadounidense en el Medio Oriente, inconsciente de cuánta riqueza llevaba en su muñeca, de cuán peligroso era exponer esa riqueza en un lugar público y de cuánto odiaban a los estadounidenses, incluso a los niños pequeños.

“Roz,” dijo Quinn a los auriculares de su teléfono, “he confirmado el reloj.”

Roz. De todo el personal en Contraterrorismo Internacional Corporativo (CTIC), sólo Quinn llamaba a Rossett por ese nombre. En esa situación era un código, haciéndole saber a Rossett que no había complicaciones por parte de Quinn. Todavía.

Crystal había sido secuestrada, junto con su madre, de una calle del lado de Jerusalén. Quinn estaba optimista porque estaban vivas; pero era muy poco probable que la mujer y la niña hubieran sido llevadas a Gaza, donde los secuestradores habían demandado esta reunión. Los puestos de seguridad eran demasiado arriesgados como para que intentaran sacar a las víctimas de Israel. Este, sencillamente, era un lugar más seguro para los secuestradores, un refugio en un territorio de anarquía.

—Usted sabe que pertenece a la niña —dijo Zayat—. Ahora, le hablaré del intercambio. Usted transfiere el dinero a un número de cuenta distinto.

—El acuerdo fue claro —dijo Quinn—. No hay dinero hasta que la mujer y la niña sean entregadas a salvo.

Este no era el lugar ni la situación para hacer negociaciones. Quinn llevaba puesto pantalones caqui y un suéter blanco de cuello alto, con mangas cortas y flojas. Comodidad antes que formalidad. Tenía casi cuarenta años, era delgado, bronceado, alto y con una cara que había olvidado cómo sonreír.

La computadora portátil de Quinn, que funcionaba con baterías, estaba sobre la mesa, en medio de ellos. Quinn tenía unos auriculares conectados a un puerto de la computadora, que utilizaba la voz sobre protocolo de Internet como teléfono. La línea estaba abierta para mantenerlo en contacto con la oficina de Tel Aviv. Cada palabra estaba siendo monitoreada y grabada en CTIC. Durante las negociaciones telefónicas con Abu en los días anteriores, Rossett había explicado repetidamente que este contacto constante no era negociable.

—Le doy la nueva cuenta bancaria —Zayat empujó un pedazo de papel al otro lado de la mesa—. Abu es un hombre cuidadoso. No confía en lo que ustedes han establecido —señaló la computadora—. Cámbielo mientras esperamos.

Quinn hizo como se le indicó, pero no le gustaba la tensión obvia de Zayat, ni su impaciencia. Las cosas salían mal cuando las emociones se interponían en el camino.

Antes de que Quinn pudiera decir algo, sin embargo, la voz firme de Rossett se escuchó en los audífonos. —La mujer y la niña están a salvo.

—Entendido —dijo Quinn. La adrenalina y la tensión lo habían sostenido durante el terrible desfase horario y sentió que los músculos de sus hombros se relajaban, a medida que daba un respiro profundo de alivio—. Roz, voy a entregar el dinero.

Quinn habló con Zayat en árabe que era perfecto, excepto por el acento israelí. “Acabo de recibir la primera confirmación. La madre y la niña están a salvo en el Hotel Rey David.”

Roz estaba en Tel Aviv, pero habían escogido un hotel de Jerusalén para hacer la entrega. Habría abrazos, gritos de alegría y de alivio cuando la familia se reuniera en el vestíbulo, pero Quinn se daría la satisfacción de saborear el triunfo más tarde. Golpeaba el teclado de la computadora portátil. “Como fue acordado, un millón de dólares en moneda de los Estados Unidos están siendo transferidos al número de cuenta que usted nos proporcionó. Cuando usted haya confirmado que sus hombres están de vuelta en este lado de la frontera, usted me deja ir.”

Para hacer este trabajo, alguien debía proporcionar una garantía de que los hombres de Abu no serían detenidos. Este era el otro papel de Quinn ahora. Si se traicionaba a los hombres de Abu, Quinn sería detenido hasta que ellos fueran devueltos; lo matarían si los mataban a ellos.

En teoría, la Franja de Gaza ya no era un campo de concentración. Pero bajo la Autoridad Nacional Palestina y el nuevo gobierno de Hamás, esto aún era una teoría. El hecho de que el secuestro de estadounidenses podía ser una profesión para financiar los grupos celulares terroristas daba fe de ello. Los hombres de Abu estarían bien y a salvo en Gaza. A diferencia de Quinn.

La puerta se abrió brevemente, inundando la habitación con la luz del sol, mostrando el pesado aire con polvo que flotaba. Quinn dio un vistazo.

El recién llegado era un hombre más joven, vestido de manera similar a Zayat, pero su cara estaba envuelta en un paño negro. Caminó hasta quedar parado detrás de Zayat. En una mano tenía una mochila, que puso en el suelo. En la otra mano tenía una metralleta, que levantó y apuntó en dirección a Quinn.

Quinn miró al hombre con la metralleta, luego se propuso voltear su cabeza deliberadamente hacia Zayat, sin demostrar ninguna alarma. Así era este negocio. Cuando los terroristas secuestraban a los estadounidenses ricos, no se trataba de

ideología, sólo de dinero para financiar la ideología. Todos entendían que matar a los negociadores dañaba futuras negociaciones. En teoría.

—Creo que esto es personal para usted, ¿verdad? —dijo el recién llegado a Quinn en un inglés con acento árabe—. Su compañero manejó la negociación, pero usted es el único aquí en persona. Hasta tuvo que interrumpir unas vacaciones para volver aquí desde los Estados Unidos para esto. Las Vegas, según entiendo —una fosa de pecadores en un país de pecadores.

Quinn rehusó demostrar sorpresa por lo que el hombre sabía. Había visto que estas situaciones se desarrollaban en ambos extremos. Completo silencio hasta que llegara la siguiente confirmación telefónica, para hacer saber a ambas partes que los palestinos estaban a salvo y que Quinn podía ser liberado, o conversación interminable, que era una indicación segura de nerviosismo en el otro lado.

Teflón, Quinn siempre se decía a sí mismo. *Sé de Teflón. Nada se pega. Responde con tonos neutrales, con palabras corteses y neutrales.* —Yo represento a Lloyd's de Londres y al empresario estadounidense asegurado por Lloyd's. Soy un intermediario. Lo que quiere decir que es mi trabajo hacer que la transacción sea un éxito para ambas partes.

—Pero si entiendo correctamente —dijo el palestino—, usted perdió a su esposa e hija por un terrorista suicida palestino. Hace qué, ¿cinco años? La mujer y la niña eran de la misma edad, entonces, que la mujer y la niña por las que usted acaba de pagar un rescate de un millón, ¿no es cierto?

Ahora Quinn estaba preocupado. Esta era información que el terrorista no debería tener. CTIC protegía la información personal de sus empleados con el celo de los guardias de Fort Knox.

—Represento a Lloyd's de Londres y al empresario estadounidense asegurado por Lloyd's —repitió Quinn. Él era un buen jugador de póquer y esta era una apuesta alta de Texas hold' em, donde los perdedores acababan muertos—. Soy el intermediario. Esto es un negocio, nada más.

—Uno podría adivinar que usted todavía está tratando de rescatar a la familia que perdió —dijo el palestino enmascarado, con una sonrisa de desprecio—. Una futilidad, ¿no es cierto?

Las imágenes inundaron la mente de Quinn, las imágenes con las que se quedaba dormido todas las noches, que le provocaban las mismas emociones que no parecían perder el filo ni la crudeza con el tiempo.

Teflón, se dijo a sí mismo. *Teflón.*

—Ponga una mano en la mesa, con la palma hacia arriba —dijo el palestino, todavía parado detrás de Zayat.

Quinn arqueó una ceja.

El hombre levantó la ametralladora y apuntó con el cañón hacia la cabeza

de Quinn. Quinn se inclinó hacia adelante y descansó su antebrazo izquierdo en la mesa, volteando la palma hacia el techo.

“Ahora le toca a usted,” dijo el palestino a Zayat.

Zayat también se inclinó hacia adelante; con sus dedos sujetó la muñeca de Quinn, sosteniéndole la mano en su lugar. Debajo de su pierna sacó un cuchillo largo que tenía escondido. Con una rapidez salvaje, dirigió la punta de la hoja hacia el centro de la palma de Quinn, clavando a Quinn a la mesa con un golpe sordo.